

Una mirada histórica



EPIDEMIA DE VIRUELA EN MÉXICO (1779), PLAN DE CUIDADOS DEL MÉDICO JOSÉ IGNACIO BARTOLACHE

SMALLPOX EPIDEMIC IN MEXICO (1779),
PHYSICIAN JOSÉ IGNACIO BARTOLACHE
CARE PLAN

López Hernández, Sonia

*SMALLPOX EPIDEMIC IN MEXICO (1779),
PLANO DE CUIDADOS DO MÉDICO JOSÉ
IGNACIO BARTOLACHE*

Profesora Investigadora Titular en la
Universidad del Mar. Oaxaca, Méxi-
co. Perfil Deseable.

Introducción

La idea de que la medicina nos llevará a la conquista de todas las enfermedades, es errónea. “Las razones que nos evitarán alcanzar algún día la Salud Perfecta son de dos tipos: en primer lugar, no todas las enfermedades dependen de un agente causal exógeno [...] en segundo lugar, ciertas enfermedades cambian con el tiempo, no sólo las que existen desde siempre sino que además algunas han surgido y desaparecido en otras épocas y otras nuevas están surgiendo ahora.” (Pérez Tamayo, 1998, págs. 12-13) Es así que la ciencia médica (determinación de las causas ‘científicas’ de la dolencia) y la práctica médica (la comprensión de la situación personal del y por el paciente) han tenido una evolución histórica que va desde la *frónesis* hasta la bioética (Gutiérrez Fuentes, 2008), la comprensión de esto implica un trabajo historiográfico, valioso en sí mismo para revisar la “malla conceptual donde se



vivió”y para “articular más objetivamente nuestro conocimiento de periodos más cercanos a nosotros”(López Beltrán, 1997, pág. 126).

La publicación, en 1779, del médico José Ignacio Bartolache para la atención de la viruela, dirigida al no especialista, resulta un material que permite conocer un contexto local de producción de conocimiento científico.

El texto *Instrucción que puede servir para que se cure a los enfermos de las viruelas epidémicas, que ahora se padecen en México, desde fines del estío, en el año corriente de 1779*(Bartolache J. , 1779), insiste en el aseo y “en que se hagan esfuerzos por mantener el buen ánimo de los enfermos y en general en toda la sociedad afectada por la epidemia”(Moreno, José Ignacio Bartolache 1739-1790, 1994, pág. 233). El médico mexicano José Ignacio Bartolache, nacido en Guanajuato en 1739, estudió medicina en la Universidad donde su paso por los cursos “sirvió, al decir de Alzate, para introducir las obras de Herman Boerhaave y otros médicos modernos y desterrar a los ‘bárbaros Salgados’.”(Moreno, José Ignacio Bartolache 1739-1790, 1994, pág. 231)

Es así que los textos modernos de medicina son resultado de varios reordenamientos de las mallas conceptuales (ligados a la vida, el lenguaje y el trabajo), es decir que “la ciencia siempre se hace desde alguna perspectiva determinada, desde cierta forma de ver e interactuar con el mundo, y esto significa que ‘no hay ciencia libre de presupuestos’”(Pérez Ransanz, 1999, pág. 22). Por ello, resulta de interés entender materiales históricos en su contexto social, tanto con sus condicionantes sociales y ontológicos(López-Hernández, 2012). En esta lógica, el propósito de este texto es presentar una revisión histórica del texto *Instrucción que puede servir para que se cure a los enfermos de las viruelas epidémicas, que ahora se padecen en México, desde fines del estío, en el año corriente de 1779*, del médico José Ignacio Bartolache, destacando aspectos del desarrollo científico médico de la época y del contexto histórico de México.

Este trabajo es un primer acercamiento al tema particular de los cambios en los marcos generales de la ciencia médica desde la revisión historiográfica y la sociología de la ciencia, con el objetivo de exponer el contexto social del S. XVIII y los compromisos ontológicos (qué tipos de entidades y procesos se pueden postular como existentes) en la ciencia médica.

Bartolache: médico, periodista y matemático

Hijo de Juan José Bartolache Romero y Camacho y de María Matilde Díaz Posadas Ortiz, originarios y vecinos de Guanajuato, José Ignacio Bartolache nació el 30 de marzo de 1739 en Guanajuato y murió en la ciudad de México el 10 de junio de 1790. Sus abuelos fueron “españoles, nobles y con limpieza de sangre.”(Barceló Quintal, s.f.)

Debido a la pobreza de esta familia, José Ignacio se trasladó a la ciudad de México “bajo el amparo de un pariente, quien fue su protector y lo inscribió en el colegio jesuita de San Ildefonso. [...] De San Ildefonso pasó al colegio pontificio seminario a estudiar teología; en virtud de su aplicación y por haber ordenado la biblioteca del seminario se le retribuyó con una beca de merced.”(Barceló Quintal, s.f.) Pero fue expulsado, según Moreno (1994), por un “ruidoso acto” al defender las ideas de Melchor Cano, un dominico “renovador de la Teología Tomista y figura destacada de la Escuela de Salamanca del siglo XVI.”(Osuna Fernández-Largo, s.f.)

Luego ingresó en la Facultad de Medicina de la Real y Pontificia Universidad, y en 1766 obtuvo el grado de bachiller “revalidado éste por el Protomedicato, ejerció con fastidio la medicina mientras estudiaba otras ciencias”(Moreno, José Ignacio Bartolache 1739-1790, 1994, pág. 231). Y, según Moreno (1994) entre los años de 1767 y 1773 sustituyó a Joaquín Velázquez de León en la cátedra de Matemáticas y Astrología en la Universidad, y publicó *Lecciones de Matemáticas* (1769). Es pertinente anotar que “la Astrología era considerada importante para saber de la influencia astral en las enfermedades.”(Barceló

Quintal, s.f.)

También en 1769 realiza, de forma conjunta con Alzate, “la observación del tránsito de Venus por el disco del Sol en las casas consistoriales”(Moreno, José Ignacio Bartolache 1739-1790, 1994) trabajo que publica el mismo año. “En 1771, Bartolache participó con Joaquín Velásquez de León y Antonio León y Gama en una serie de observaciones, entre el 25 de marzo y el 10 de abril, para fijar la latitud de la ciudad de México. Ésta fue de 19.º 26’.”(Barceló Quintal, s.f.)

En 1772 obtiene el grado de doctor en medicina, apenas un año después de obtener el grado de licenciado con un examen público en el que se le asignaron, de acuerdo con Rodríguez Guzmán & Barradas Briblesca (2010), temas sobre la medicina de Hipócrates y Avicena.

Poco después, con treinta y tres años y casado con Josefa Ana Velásquez de León, pariente de Joaquín Velásquez de León, comenzó la publicación de un periódico médico: *Mercurio Volante, con noticias importantes y curiosas sobre física y medicina*. El periódico ilustrado de divulgación alcanzó 16 números (del 17 de octubre de 1772 al 10 de febrero de 1773), tuvo “una frecuencia más o menos semanal, concebido para que cada miércoles difundiera en un pliego suelto noticias sobre diversos aspectos vinculados a la medicina y a la física”(Mendieta Zerón, 2005, pág. 215). La publicación concluyó por no poder sufragar su gasto.(Rodríguez Guzmán & Barradas Briblesca, 2010, pág. 22)

Bartolache intentó “obtener varias cátedras en la Real y Pontificia Universidad, pero no lo logró. Sólo obtuvo la sustitución de la prima de medicina y luego la propiedad de método medendi, a la que renunció por graves apuros económicos.”(Moreno, José Ignacio Bartolache 1739-1790, 1994, pág. 232)

En 1774, Moreno (1994), empieza a fabricar las “pastillas marciales” o fierro sutil, medicamento usado en esa época en Italia, y para divulgar sus beneficios redacta una instrucción que se publicó también en náhuatl. Sin embargo “dado el fracaso inicial de las pastillas y las deudas acumuladas, decide fundar una Academia de Ciencias Naturales y una cátedra de Química, que no llegan a consolidación.”(Barceló Quintal, s.f.)

En adversidad económica, en 1776 el doctor Bartolache se “humilla” (Moreno, 1986) y acepta una plaza de oficial en la contaduría de la Casa de Moneda (empleo donde, Rodríguez Guzmán & Barradas Briblesca (2010), dictamina el horno para recocer monedas de Baltasar de Herreros); luego en 1777 el virrey Bucarely lo nombró ensayador, y ese mismo año recibió del rey “el nombramiento de apartador general de oro y plata del reino.”(Moreno, José Ignacio Bartolache 1739-1790, 1994, pág. 232)

A mediados de 1779, Bartolache envió al virrey Mayorga un plan para combatir la epidemia de viruela, “mismo que el Cabildo Civil de la capital aprobó casi íntegramente el 24 de octubre de aquel año”(Mendieta Zerón, 2005, pág. 216). Además, Mendieta Zerón (2005), el médico dio el dictamen aprobatorio para el proyecto de inoculación preventiva de material varioloso (variolización) del doctor Henri Morel.

En 1780, “se le llamaba para diversos asuntos, sobre todo para emitir dictámenes sobre obras de medicina. En 1782 fue secretario de la Junta Preparatoria Académica de Tres Nobles Artes de San Carlos. En 1785 se le encarga la búsqueda de manuscritos botánicos de Francisco Fernández.”(Barceló Quintal, s.f.) Fallece el 10 de junio de 1790.

El doctor Bartolache “fue considerado sacrilego y escandaloso por las autoridades eclesiásticas de la época. Fue partidario de que se realizaran disecciones al cuerpo humano para mejorar la enseñanza de la medicina, así como de los planteamientos anatómicos de Vesalio frente a la anatomía clásica de Galeno.”(Durán-González & Barceló-Quintal, 2019, pág. 407) Sus críticas también aludían a la memorización repetitiva de citas hipocráticas y galénicas, y propuso “lecciones al lado de la cama de los enfermos”.(Ávila Rivera, 2015)

Contexto científico-medico nacional

En la primera mitad del siglo XVIII, de acuerdo con Lafuente (1989), se manifiesta una

reivindicación patriota de la cultura criolla que considera por primera vez a la ciencia como uno de sus componentes fundamentales. Es “el punto de partida de una cultura colonial con conciencia significativa de una dimensión científica y que se autoconcibe como criolla.”(Lafuente, 1989, pág. 395)El discurso que se articuló dentro de estas instituciones partía de tres enunciados primordiales: el sincretismo religioso del culto guadalupano, la exaltación del pasado prehispánico y el eclecticismo doctrinal -Descartes y Gassenti junto a Aristóteles y Santo Tomás”(Rojas , 2001)

En un contexto en donde en Europa concebía al americano, como “naturalmente bruto y primitivo”, se consolidó el criollismo como grupo social diferente de los peninsulares con “la adopción de concepciones modernas y la conservación de elementos de las culturas indígenas que sentaron las bases para cultivar ideas renovadoras con peculiaridades propias.”(Mendieta Zerón, 2005, pág. 214) Aunque no se puede negar la participación de científicos peninsulares que investigaron y enseñaron en territorios americanos, el progreso vino de lo que hicieron los americanos(Saldaña, 1996).

Durante la segunda mitad del siglo XVIII y la primera mitad del XIX “la ciudad de México vivió un auge cultural en el que participó un activo grupo de individuos educados en las diversas aulas de instrucción superior de la Universidad, el Seminario Conciliar, el Seminario de Minería, la Academia de San Carlos y el Jardín Botánico, principalmente.”(Azuela Bernal & Vega y Ortega Baez, 2015, pág. 2)

El gobierno de Carlos III “a la vez que abrió las puertas del comercio internacional y cambió la política financiera, no dejó de lado la introducción de la ciencia moderna, tanto en España como en sus posesiones americanas”(Díaz y de Ovando, 1998, pág. 23) Así, en dicho periodo se observatambién “lainfluencia de las ideas ilustradas, las cuales influyeron en la manera de administrar y gobernar a las colonias.”(Molina del Villar, 2008, pág. 5) Mismas donde se consolidaron instituciones y establecimientos científicos(Azuela Bernal & Vega y Ortega Baez, 2015, pág. 2). Además, durante el siglo XVIII se realizaron expediciones científicas y “las ciencias Naturales se vuelven más exactas y concurridas”(Moreno, 1986, pág. 19).

Esta corriente ilustrada “fue una actitud mental más bien que una corriente científica o filosófica unánimemente aceptada [...] se abrieron paso gradualmente nuevos valores entre los espíritus cultivados (como la confianza en la razón y el experimento y la búsqueda de un carácter útil en los conocimientos)”(Saldaña, 1996, pág. 156). Así este nuevo ambiente permeó a la sociedad, aunque con pocos lectores, con publicaciones, obra divulgativa y educativa, “con la manifestación de la esfera pública en la proliferación de periódicos y manuscritos a partir del siglo XVIII, en donde se expresaba la <<opinión pública>>, entendida como la voz de la sociedad”(Azuela Bernal & Vega y Ortega Baez, 2015).

En este auge de las ciencias (Trabulse, 1994), la técnica o las ciencias aplicadas fueron impulsadas por las ciencias puras; como resultado la agricultura, la minería, la metalurgia, la construcción, el transporte y la náutica aceptaron poco a poco los métodos surgidos de la experiencia del laboratorio. Además de esta articulación, se observa un interés por la formación de la cultura científica y el establecimiento de relaciones científicas con personas de países europeos y americanos(Saldaña, 1996).

El caso particular de la medicina, a mediados del siglo XVIII, aún tenía (Trabulse, 1994) los prejuicios de los dos siglos anteriores, tenía dosis de superstición y magia y resabios de las doctrinas herméticas, alquimistas y astrológicas. Los médicos eran egresados de la Universidad que “dejaba mucho que desear por lo inadecuado y caduco de muchos de los cursos que llevaban, por la escasa experiencia clínica que adquirirían y por los prejuicios contra prácticas tales como la disección.”(Trabulse, 1994, pág. 86) Aunque un grupo de médicos logró desde inicios del siglo “cierto grado de modernidad” con el uso del microscopio y del termómetro, así como con el uso de remedios descubiertos por ellos o colegas europeos.

Durante el periodo virreinal en la carrera de medicina, que se daba en la Real y Pontificia

Universidad de México, se impartía el sistema médico humoral¹ de la enfermedad que tuvo su origen en la Grecia antigua y que exportaron los conquistadores. “Dicho sistema se transmitió a través de cinco asignaturas que conformaban el plan de estudios: prima de medicina, vísperas de medicina, método medendi, anatomía y cirugía y, finalmente, astrología y matemáticas. Los textos que se leían eran los de Hipócrates, Galeno, Rhazés y Avicena, fundamentalmente.”(Rodríguez, 1992, pág. 299)

De a poco en la Universidad y con la fundación de la Real Escuela de Cirugía (1768) “[...]se propagaron las novedades científicas de su tiempo y se crearon las condiciones materiales para la modernización de la práctica científica novohispana [...] aunque éstos recibieron un trato más discreto por su misma connotación. Sin que por ello escasearan los curiosos, pues había oportunidad de presenciar anatomías bajo el sobrio régimen de la ciencia quirúrgica y en el parco ambiente del aula.”(Azuela Bernal & Vega y Ortega Baez, 2015, pág. 4) Así pasaron a la aceptación de la teoría de la circulación de la sangre y otras de anatomía patológica e higiene, y a los nuevos métodos de diagnóstico y a la química de la digestión.

Y desde el último tercio del siglo XVIII en la llamada Real Escuela de Cirugía estaban establecidas dos cátedras en el Hospital de Naturales, de las cuales una era de anatomía y otra de operaciones.(Martínez-Cortés, 2006, pág. 11)

Otra fase relevante del siglo es la apertura de una Academia Pública de Medicina, dirigida por Daniel O’Sullivan alumno del Jardín Botánico y con aprobación de la Universidad y del Tribunal del Promedicato. También, en 1797, el doctor José Luis Montaña impartió cursos médicos privados.(Trabulsee, 1994)

La literatura médica del siglo XVIII(Trabulsee, 1994) es abundante y en ella se nota la influencia europea de autores como Hermann Boerhaave, Dionisio Daza Chacón, Bartolomé Hidalgo de Agüero o Félix Palacios; pero es hasta la segunda mitad del siglo cuando se observan las ideas ilustradas. Por ejemplo, *La caridad del sacerdote para con los niños encerrados en el vientre de sus madres difuntas y documentos de utilidad y necesidad de su práctica* de José Manuel Rodríguez (1772), y *Compendio de la medicina o medicina práctica en que se declara lacónicamente lo más útil de ella que el autor tiene observado en estas regiones de Nueva España* de Juan Manuel Venegas (1788).

Por otra parte, la atención hospitalaria que remonta sus orígenes al siglo XVI con la labor de religiosos, virreyes, cabildos, indios principales o acaudalados filántropos; para el siglo que nos ocupa se observan nuevas instituciones hospitalarias (para el cuidado de soldados y marinos) y la renovación de parte de los nosocomios del siglo XVI.(Trabulsee, 1994)

Instrucción para que se cure a los enfermos de las viruelas

En mayo de 1520 se data “la instrucción de esta enfermedad en el territorio nacional con la llegada de aquel grumete negro de la expedición punitiva en contra de Cortés, dirigida por Pánfilo de Narváez. La conquista de Anáhuac fue posible por la conjugación de numerosos factores, entre los cuales la viruela desempeñó un papel preponderante, ya que la epidemia que siguió a su introducción mató de tres a cuatro millones de indígenas.”(Moreno Valle, 1965, pág. 149)

Luego, en México la endemia se estableció periódicamente y constituyó brotes epidémicos de importancia, “se puede calcular que por cada muerto, hubo de seis a ocho enfermos.”(Moreno Valle, 1965, pág. 150)Ya en el siglo XVIII, “las epidemias de viruela fueron constantes; la primera se registró en 1707 y la última en 1798, y aunque todas causa-

1“El sistema médico hipocrático galénico es el fundamentado en la teoría de los cuatro humores. Enseña que el cuerpo humano tiene cuatro humores en equilibrio y la enfermedad aparece cuando hay un desequilibrio o ciertas alteraciones de los humores: cólera o bilis amarilla, sangre, flema o pituita y, melancolía o bilis negra, cada uno de los cuales posee propiedades particulares, que pueden ser calientes, fríos, húmedos, secos, ácidos, dulces, entre otras. Alonso López de Hinojos define la cólera como un humor caliente y seco, a la sangre le llama humor caliente y húmedo, la flema es humor frío y húmedo y la melancolía es un humor frío y seco. Las alteraciones de estos humores traen por consecuencia modificaciones en los “miembros” o partes del cuerpo, hoy diríamos órganos, y que van a representar la enfermedad propiamente dicha.” (Rodríguez, 1992, págs. 299-300)

ron graves estragos, no se comparan con los daños ocasionados por la de 1779-1780.”(Hidalgo Pego, 2020) Y, “a diferencia de los primeros siglos coloniales, la población había adquirido cierta inmunidad ante la enfermedad. La epidemia atacaba principalmente a la población infantil no inmunizada, mientras los adultos eran menos afectados.”(Molina del Villar, 2008, pág. 3)

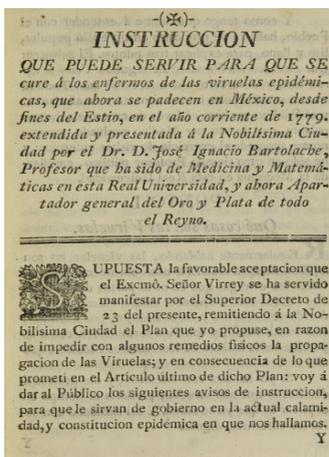
Alrededor del 20 de agosto de 1779 en la Ciudad de México se registró el incremento de los casos de viruela, mismos que marcan el inicio del brote que provocó la muerte de 14,500 habitantes en la capital del virreinato(Molina del Villar, 2008). Aunque esta cifra varía en otros autores. Los religiosos hospitalarios de San Juan de Dios, que atendían en el hospital de Nuestra Señora de los Desamparados, notificaron la creciente de infectados al virrey Martín de Mayorga, y le solicitaron ayuda para atender a los enfermos.

“El documento de los juaninos fue entregado al ayuntamiento, quien después de examinarlo emitió el 15 de octubre un decreto en el cual se disponía que la ciudad proveería al hospital de sus rentas y dinero, 100 armazones de cama, con igual número de colchones, 100 cobertores y hasta 400 sábanas, además de algún dinero para ayudar a la compra de alimentos.[...] otras providencias contenidas en el decreto fueron las de erigir uno o dos cementerios para sepultar los cadáveres infectados, practicar inoculaciones a quienes voluntariamente quisieran, recaudar más fondos para la asistencia de los enfermos pobres”(Hidalgo Pego, 2020, págs. 234-235)

A decir de Hidalgo Pego (2020) el texto *Instrucción que puede servir para que se cure a los enfermos de las viruelas epidémicas, que ahora se padecen en México, desde fines del estío, en el año corriente de 1779* de Bartolache, es otra acción del virrey Mayorga para contener la epidemia.

Parte del aprobatorio del Cabildo al que se sometió el texto del doctor Bartolache dice: “Los remedios preservativos físicos que propone el doctor don José Ignacio Bartolache, para impedir la propagación de la presente epidemia de viruelas, oficiosamente movido del deseo de la salud pública se oyeron en el Cabildo de ayer, con particular complacencia, por convenir los pensamientos del autor con algunos de los puntos consultados por este ayuntamiento, y ya aprobados por la superioridad de vuestra excelencia.”(Moreno, 1986, pág. 67)

Esta publicación se hace un ambiente en el cual los médicos acudían a la correspondencia como uno de los principales canales de comunicación y una forma segura de obtener información (Mendieta Zerón, 2005)²



El texto se editó en 1779 en la imprenta de Felipe de Zúñiga y Ontiveros; consta de una introducción y tres puntos: “Qué son las viruelas”, “Cómo se curan bien las viruelas” y “Cómo se curan mal las viruelas”.

Fuente de la imagen:

US National Library of Medicine. Digital Collections

<https://collections.nlm.nih.gov>

/ext/mhl/2542048R/PDF/

2542048R.pdf

² Según Mendieta Zerón, para finales del siglo XVIII, la medicina contaba con 55 revistas alemanas, cuatroinglesas, tres francesas y con una de un país del continente americano, la *Gaceta Médica de México* de 1864, casi todas dando prioridad a los asuntos de orden práctico.

Esta publicación, según palabras de Bartolache(1779), estaba escrita en un lenguaje simple para que el pueblo lo entendiese y para facilitar aún más su comprensión dividía sus explicaciones en cláusulas breves. Escribir para el vulgo y no para especialistas tenía la intención de superar “el atraso cultural que se vivía en la Nueva España”(Saldaña, 1996, pág. 169)

Bartolache inicia solicitando confianza: “el público hará el favor de creerme sobre mi palabra por cuanto soy médico graduado, aunque no me acomoda el ejercicio de visitar a los enfermos, y he sido en otro tiempo profesor público enseñando la medicina en esta Real Universidad”(Moreno, 1994, pág. 299) .Alzate justifica el que a Bartolache no le acomodaba visitar enfermos: “comenzó a practicar la medicina, siempre con tedio, porque era facultad que no se avenía con su metódico modo de pensar.”(Moreno, 1986, pág. 61)

En el apartado *Qué son las viruelas*, el médico comenta que “no son aquí en nuestra América una cosa de cuidado ni hacen los estragos que en otras partes del mundo” Y agrega “no se han de entender como una enfermedad sino más bien un remedio y diligencia que oficiosamente hace la naturaleza para purgar cierta cantidad de mal humor que sacamos del seno de nuestras madres. Tarde o temprano, todos las padecen alguna vez en el discurso de su vida, si es larga, escapando uno entre mil.”(Moreno, 1994, pág. 300)

No es claro porqué el médico desdena los daños materiales y morales, una explicación es que el anterior brote epidémico data de 1769³ y el tiempo en que se escribe este texto (agosto⁴ ya que se edita el 26 de octubre de 1779) apenas será el inicio de la epidemia que “había causado estragos [...] en Tepeaca, donde se registraron 644 casos de indígenas y 159 de españoles.”(Carvajal López, 2008, pág. 29) Es hasta el último cuatrimestre de 1779 donde en la ciudad de México se registraron 45,000 casos de viruela, de los cuales entre 15,000 y 18,000 fueron fatales.(Carvajal López, 2008)

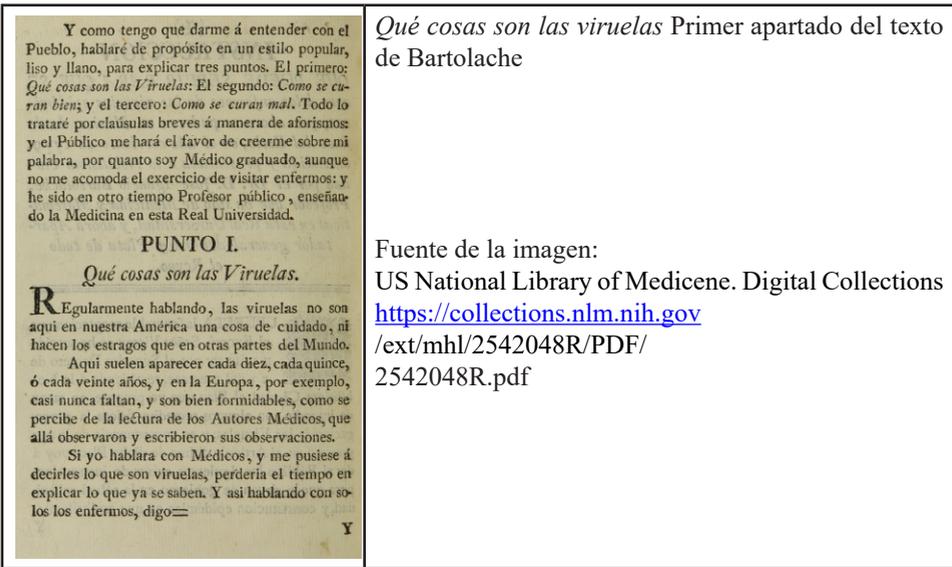
La idea de “humor” y “purga” reflejan el pensamiento dual de lo moderno con lo pasado en que se desarrolló el autor donde “continuaban empleándose indiscriminadamente prácticas tan severas como las sangrías, las purgas y el uso de vomitivos para todo tipo de males con el propósito, se decía, de eliminar del cuerdo los “malos humores” que lo afectaban(Trabulse, 1994).

Sin embargo, en el texto se vislumbra la observación y descripción de los brotes y el líquido que segregan, además explica que “siempre se comunican las viruelas por contagio de persona a persona.” Idea que ya no alude a la astrología o la religión.

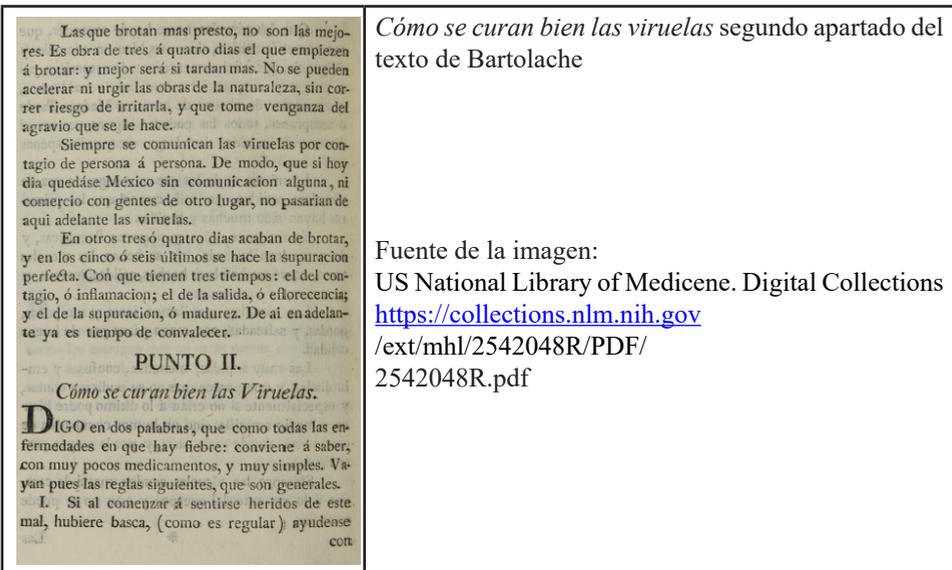
Describe brevemente dos tipos de viruela. El primero, “la llamada *viruela loca*, que es el nombre común con el que aún hoy se nombra a la varicela; el segundo tipo era la *viruela muy tupidita*. Esta última implicaba secreción de agua de carne y era la de mayor cuidado y fatalidad; el principal sitio de ataque era la cara y se transmitía directamente de persona a persona.”(Durán-González & Barceló-Quintal, 2019, pág. 411)

3 Según Durán- González & Barceló-Quintal (2019) la última epidemia de la enfermedad había sido en 1761

4 De acuerdo con Durán- González & Barceló-Quintal (2019) el folleto se publicó en agosto de 1779, pero en el consultado en US National Library of Medicine. Digital Collections consta la fecha del 26 de octubre de 1779, esta discrepancia puede deberse a que Durán- González & Barceló-Quintal consultaron (según sus referencias) una carta, posiblemente la enviada para aprobación al virrey.



El apartado *Cómo se curan bien las viruelas* el doctor Bartolache ofrece medicamentos y cuidados para el enfermo. Se trata de medicamentos simples, los cuales son según el *Diccionario de Autoridades* de 1773 (*opcit* en Mercant Ramírez, 2009) “plantas, hierbas o minerales que sirven por si (sic) solas a la Medicina o entran a componer las drogas.” Durante el siglo XVIII se usaron sustancias introducidas en épocas pasadas confiando en el poder sanador de la naturaleza y continuando la tendencia hipocratistase administraron sustancias vegetales, minerales y animales “tal como procede de la naturaleza con pequeñas variaciones o sirve para realizar los compuestos. Representan la base de la farmacoterapia práctica desde la antigüedad hasta el inicio del siglo XX.” (Mercant Ramírez, 2009, pág. 4).



Bartolache explica que como es enfermedad con fiebre se cura “con muy pocos medicamentos y muy simples”. Y como reglas de cuidado describenuve. Primera: si “hubiere basca ⁵ (como es regular), ayúdense con beber agua tibia con sal y una pluma provocando el vómito; y en ese mismo día se limpiará el vientre con una o dos lavativas de agua de

⁵ Náusea

malva endulzada con un poco de miel de la más ruin que hubiere [...]”(Moreno, 1994, pág. 301)

Las lavativas o enemas se relacionan con la evacuación de humores, se equiparan a las sangrías o purgantes (Mercant Ramírez, 2009) en la teoría humoral, que como comentamos coexistió con la ilustración en la mentalidad científica de mitad del siglo XVIII. Luego, según el tratado *De materia médica (Sobre los remedios medicinales)* de Dioscórides⁶ la malva “es de utilidad para los intestinos y la vejiga[...] sus lavativas son apropiadas para las mordicaciones de intestinos, matriz y ano.”(USAL, 2006)

Segundo punto “[...]tómese seguidamente como medio cuartillo de agua lo más caliente que se pueda a sople y sorbo [...] acuéstese bien abrigado y extendido el enfermo. No será mucho que se corte la enfermedad con solo esto; pero cuando no, es a lo menos una buena preparación para pasarlo bien después.”

La siguiente regla es “Durante los días primero, segundo y tercero ha de beber el enfermo cuanto apeteciere, a cualquier hora de agua cocida con amapola o con flor de borraja, y echándole [...] salitre bien refinado o sal de prunela. El alimento será el atole puro y se prohíbe el caldo.”(Moreno, 1994, pág. 301)

La cocción con amapola, de acuerdo con el tratado de Dioscórides (USAL, 2006), se indica como sigue: “cuece cinco o seis de sus cabezuelas en tres ciatos de vino, hasta que se deduzcan a dos y dalas a beber a quienes quieras que se adormezcan.”

Por otra parte, la historia de la farmacoterapia registra que el salitre fue conocido por primera vez en el siglo VII por Geber (sal Petrae), la sal llamada Nitrum en escritos antiguos es en realidad carbonato sódico y tiene propiedades diuréticas, sedantes y atemperante. Sirve para preparar la sal prunela (antimonio diaforético) usado en las inflamaciones agudas de vías urinarias. Se ha registrado su uso galénico de diferentes formas como polvos aperitivos, tisanas o gargarismos. No se usa en medicina hoy día (Mercant Ramírez, 2009). En el punto cuatro y cinco, Bartolache recomienda no asustarse ya en el tercero y cuarto día, y al brotar las viruelas receta “Una friega suave y general, o en seco o untándose ligeramente la mano con aceite común, o cualquiera otro que no esté rancio, será muy del caso.” Añade: “Estando ya de fuera las pintas, se disminuye la calentura y empieza el continuo cuidado con la garganta y con los ojos. Un gargarismo de agua, mezclada con un poco de vinagre o de atole acedo, se podrá repetir. A los ojos agua pura.”(Moreno, 1994, pág. 302)

La friega se hace “estregando el cuerpo en piernas o muslos con algún paño grueso, a fin de llamar el humor para descargar la cabeza.”(RAE, 1726-1739), lo que en el sistema médico humoralera darle salida a la “circulación oprimida” de un humor estancado.

El vinagre en el siglo XVIII se llama “también el ácido de las frutas antes de madurarse, u de otras cosas, que se acedan”(RAE, 1726-1739) Y los gargarismos (Diccionario de Autoridades, 1734) se disponen para las enfermedades de garganta. “El vino en que huvieren (*sic*) hervido las hojas de ciruelo, administrado en forma de gargarismo, reprime los humores que destilan (*sic*) a la encías.”(RAE, 1726-1739) La misma obra menciona “del zumo de las quales (*sic*) cocido con miel, se hace una excelentísimo gargarismo, contra las inflamaciones de la boca.”(RAE, 1726-1739) Así, el doctor Bartolache al recomendar gárgaras con vinagre, seguramente fue para tratar el dolor o ampollas de la garganta causadas por la enfermedad.

Los siguientes cuidados, recomendados por Bartolache, son el aseo y la limpieza del enfermo, evitar las visitas y dieta de puro atole. “Las viruelas irán engordando y nutriéndose”. Y, agrega en el punto siete, “Cuando comiencen a dar señales de madurez se puede ir dando al enfermo un poco de migas bien cocidas con sus granitos de sal. También peras o manzanas cocidas. Puede abreviarse la supuración con untar las viruelas dos veces al día

⁶Se utilizó como referencia este tratado ya que, aunque está fechado en el siglo I d.C, esta obra farmacológica se usó hasta el siglo XVIII junto con la farmacia galénica (Mercant Ramírez, 2009) y se tradujo debido a su popularidad en el renacimiento: “se hacían tantas ediciones y en tantas lenguas porque era un éxito editorial innegable.” Y fue la base de textos como el del médico alemán Leonhart Fuchs. (USAL, 2006)

con aceite vulgar o de almendras dulces o de ajonjolí. La comezón y el ardor son molestísimos en este estado. Cuidado y no rascar las viruelas.”(Moreno, 1994, pág. 302)

La recomendación número ocho es: “Estando éstas muy maduras convendría romperlas picando una a una sin tocar la carne que está debajo y oprimiendo con un poco de hilas suaves para enjugar la podre. Éste es un remedio eficaz para abreviar la convalecencia (*sic*) y un secreto apreciable para que no queden cicatrices y hoyos que tanto afean el rostro.”Finalmente, dice en el punto nueve, “La curación se termina con un purgante suave.”(Moreno, 1994, pág. 302)

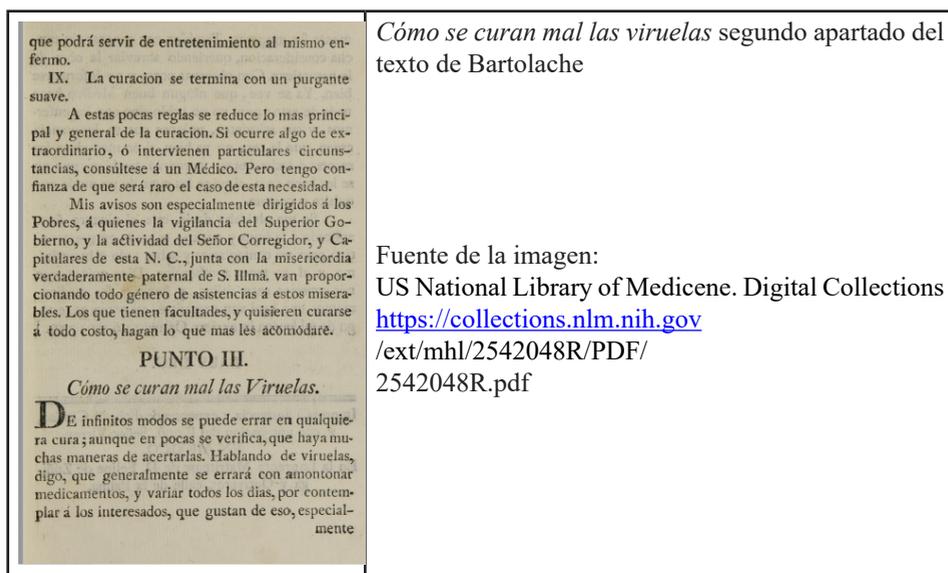
Las hilas son hebras de los trapos de lienzo y que sirven para curar llagas(RAE, 1726-1739) y la recomendación con el aseo del enfermo, podría suponer un adelanto en la teoría humoral; sin embargo, es difícil interpretar que el uso de la palabra se relacione con el significado actual de la higiene. En la medicina hipocrática entre las terapéuticas recomendadas para restablecer el equilibrio humoral estaban los baños, puesto que el agua tenía efectos benéficos, purificaba el alma por la inmersión que “lava y renueva”. Todavía en el renacimiento la limpieza era vista como un requisito necesario para la salud porque viciaba el aire, (lo corrompía) y no porque fuera caldo de cultivo de bacterias. Por otra parte, los tratados de higiene del siglo XVIII ya racionalizan los poros de la piel como facilitadores de salida a las transpiraciones. Es decir aún en el siglo XVI la limpieza sólo era la traducción de razones estéticas y de civilidad, y dos siglos más tarde se dirige a su funcionalidad.(Moreno-Martínez, Gómez García, & Hernández-Susarte, 2016)

Las erupciones de la viruela se describen en el Diccionario de Autoridades (RAE, 1734) como grano, “especie de tumorcillo que hace *matéria* (*sic*), y sale en alguna parte del cuerpo [...] cualquier otro humor que sale al cuerpo, dividido en pequeñas ampollas.”, por lo que es entendible (bajo la teoría de humores) drenarlos como recomienda el médico. Y el aceite de almendra como “era empleado para la curación de llagas”(Balderas Sánchez, 2012, pág. 57)

El doctor Bartolache añade que “si ocurre algo extraordinario o intervienen particulares circunstancias, consúltese a un médico.”

En el apartado III *Cómo se curan mal las viruelas*, el médico advierte que “de infinitos modos se puede errar un cualquier cura [...] Hablando de viruelas, digo que generalmente se errará con amontonar medicamentos y variar todos los días, por contemplar a los interesados que gustan de eso, especialmente las mujeres [...] Con observar poco y no informarse bien [...] yo no hablo sino con los enfermos y sus asistentes quienes por su ignorancia creen que la cosa no va bien sino menudean las recetas a todas horas; y creerán también que no se les hace caso si no se les cura de un modo exquisito y costoso.”(Bartolache I. , 1779)

En este apartado se recomienda no variar los medicamentos del enfermo ni “menudear” las recetas es decir “hacer alguna cosa muchas veces”(RAE, 1726-1739) en este caso repetir a todas horas las órdenes del médico con la creencia de mejorar al enfermo. También opina que sobre el sinsentido de costosos tratamientos.



En una línea el autor señala que se errará “también con sangrar sin mucha consideración queriendo abreviar la obra de la naturaleza.” De acuerdo con Durán González & Barceló-Quintal (2019), la línea es “una sutil crítica a los médicos practicantes de sangrías”.(pág. 411)

Finaliza el material con lo siguiente “Se me olvidaba decir que el vinagre fino, aplicado á(sic) la boca y narices es un buen preservativo para no contagiarse; y sobre todo el buen ánimo y el no tener aprehensión (sic).”(Bartolache I. , 1779) El contexto de la recomendación es porque en esa época el vinagre se usaba frotado para conservar la salud y para purificar o corregir la putrefacción del aire (Moll, 1934).

Es singular que el cuidado general descrito no incluye pesos ni medidas como correspondería a una receta medicinal. Sin embargo, sí refiere a mantener el ánimo, es decir el valor y espíritu, y no estar pensando asustado en una cosa.(RAE, 1726-1739) Esta preocupación del aspecto psicológico del enfermo es un cambio “moderno” de las ideas(Moreno, 1986)

Consideraciones finales

Una vez construido el concepto abstracto de una enfermedad, la revisión de su historia y el estudio de su contexto social de la misma enseñan los cambios de una época a otra. Estos, son más evidentes en las epidemias porque la reiteración simultánea de la fisonomía clínica del padecimiento en diversos sujetos ofrece claridad de sus límites y precisa sus características sobresalientes.

De la misma manera, observar el desarrollo científico y su contexto nos permite conocer el significado de los términos (conceptos) en función de la estructura léxica vigente en la comunidad estudiada. Ello resulta significativo porque dicho significado nos permite acercarnos a la “verdad” epistémica de esos momentos particulares, que, aunque difieran a los de las comunidades actuales, en esos momentos particulares eran congruentes con la evidencia y pensamiento de la época.

Lo anterior en congruencia con la idea de que el conocimiento científico no es infalible, ni es una acumulación de datos con un camino único. Es tarea del médico pensar en fenómenos cambiantes, y no estáticos, “debe conocer como a lo largo de los siglos han ido

constituyéndose los saberes que posee y las técnicas que usa; sólo así podrá entender su personal instalación en el mundo que existe y en la cual desarrolla su actividad. De esta manera su formación será plenamente universitaria.”(Mercant Ramírez, 2009, pág. 13)

Bartolache propone tratamientos para la viruela que podrían haber sido generalizados para la época, “aunque hoy se podrían considerar como remedios caseros o recetas de la abuela. En esta cuestión, la ciencia no avanzó, pues no existe un medicamento para la viruela, aunque en el tiempo que vivió Bartolache se creó la primera vacuna para la enfermedad”(Hidalgo Pego, 2020, pág. 240)

Al describir la enfermedad y su desarrollo, el médico Bartolache la describe como “viruelas que engrosan, supuran y maduran. Con el transcurso del tiempo, a lo que él llamabaviruelas se les identificó como máculas o manchas rojas; al engrosamiento se le denominó pápula, es decir, lesión elevada y sólida llena de pus; a la supuración se le conoció como úlcera, y a la madurez como costra.”(Hidalgo Pego, 2020, pág. 240)

De esta manera el texto *Instrucción que puede servir para que se cure a los enfermos de las viruelas epidémicas, que ahora se padecen en México, desde fines del estío, en el año corriente de 1779*, del médico José Ignacio Bartolache, considerado a la luz de las farmacopeas que explican las recomendaciones descritas, muestran el pensamiento médico de la época, se trata de un documento generado en la transición de la medicina humoral y la ilustración en la cual estaba vigente Dioscórides y el Método Medendi de Galeno. Sin embargo, se destaca el espíritu didáctico del mismo y el interés por el bienestar emocional del enfermo.

Además, refleja la importancia de la recién institución Jardín Botánico en la colonia como formación de los médicos y destaca cómo a lo largo de los años del siglo XVIII se perfila un profesionalista médico descriptivo y que seguían los cánones adaptados a los tratados de la época.

Finalmente, pensamiento científico actual está en tendencia de volver a la naturaleza, por ello este primer acercamiento a una revisión histórica del texto *Instrucción que puede servir para que se cure a los enfermos de las viruelas epidémicas, que ahora se padecen en México, desde fines del estío, en el año corriente de 1779*, también resulta de interés en el estudio de las farmacias en la Ciudad de México (la posología y la farmacopea), y de la actuación del médico desde que diagnosticaba, realizaba la receta y se preparaba el fármaco.

Referencias Bibliográficas

1. Ávila Rivera, J. (23 de octubre de 2015). JOSÉ IGNACIO BARTOLACHE Y EL PULQUE. *La Jornada de Oriente*. Recuperado el 3 de Octubre de 2020, de <https://www.lajornadadeorientemexico.com.mx/puebla/jose-ignacio-bartolache-y-el-pulque/>
2. Azuela Bernal, L., & Vega y Ortega Baez, R. (julio-diciembre de 2015). CIENCIA Y PÚBLICO EN LA CIUDAD DE MÉXICO EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX. *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, 67(2), 1-12. Obtenido de <http://dx.doi.org/10.3989/asclepio.2015.27>
3. Balderas Sánchez, N. (2012). La herbolaria en la nueva España y su empleo en la botica del colegio de Vizcaínas 1775-1780. *Multidisciplina*(11), 47-59. Obtenido de <file:///C:/Users/Sonia/Downloads/34262-80404-1-PB.pdf>
4. Barceló Quintal, R. (s.f.). *Diccionario Biográfico electrónico de la Real Academia de la Historia*. Recuperado el 03 de Octubre de 2020, de Diccionario Biográfico electrónico de la Real Academia de la Historia: <http://dbe.rah.es/biografias/17860/>

- jose-ignacio-bartolache-y-diaz-de-posadas
5. Bartolache, I. (26 de octubre de 1779). Instrucción que puede servir para que se cure a los enfermos de las viruelas epidémicas que ahora se padecen México. *Instrucción que puede servir para que se cure a los enfermos de las viruelas epidémicas que ahora se padecen México*. Ciudad de México, México: D. Felipe de Zúñiga y Ontiveros, calle Palma. Obtenido de <https://collections.nlm.nih.gov/catalog/.nlm.nlmuid-2542048R-bk>
 6. Bartolache, J. (1779). *Instrucción que puede servir para que se cure a los enfermos de las viruelas epidémicas: que ahora se padecen en México, desde fines del estío, en el año corriente de 1779*. México: Imprenta de Felipe de Zúñiga y Ontiveros. Recuperado el 27 de septiembre de 2020, de <https://collections.nlm.nih.gov/catalog/.nlm.nlmuid-2542048R-bk>
 7. Carvajal López, D. (2008). Las epidemias de viruela en Bolaños, 1762-1840. *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, vol. XXIX (núm. 114), 21-43. Obtenido de <https://www.redalyc.org/pdf/137/13711402.pdf>
 8. Díaz y de Ovando, C. (1998). *Los veneros de la ciencia mexicana* (Primera ed., Vol. I). México, México: UNAM.
 9. Durán-González, R., & Barceló-Quintal, R. (2019). José Ignacio Bartolache y Díaz de Posada: sus contribuciones a la medicina. *Rev Med Inst Mex Seguro Soc.*, 57(6), 406-412. Obtenido de file:///C:/Users/Sonia/Downloads/2683-21751-5-PB.pdf
 10. Gutiérrez Fuentes, J. (Diciembre de 2008). La medicina, una ciencia y un arte humanos. *Educación Médica*, 11, 11-15. Recuperado el 27 de septiembre de 2020, de http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1575-18132008000500003&lng=es&tlng=es.
 11. Hidalgo Pego, M. (2020). José Ignacio Bartolache y sus instrucciones para la cura de las viruelas epidémicas. Ciudad de México, 1799. En H. Casanova Cardiel, *Educación y pandemia: una visión académica* (págs. 233-240). Ciudad de México: UNAM IISUE. Obtenido de http://132.248.192.241:8080/xmlui/bitstream/handle/IISUE_UNAM/561/HidalgoM_2020_Jose_Ignacio_Bartolache.pdf?sequence=1&isAllowed=y
 12. Lafuente, A. (septiembre-diciembre de 1989). La ciencia colonial y los roles profesionales en la América española del siglo XVIII. *Quipu*, 6(3), 387-403. Obtenido de <http://www.revistaquipu.com/Sub1/D3A8TIA/28201315/6-3-3007o.pdf>
 13. López Beltrán, C. (1997). Foucault y Hacking: una comparación historiográfica. En A. (. Velasco Gómez, *Racionalidad y cambio científico* (1° edición ed., págs. 123-156). México: Paidós.
 14. López-Hernández, S. (2012). *Influencia de la comunicación en la emergencia de un hecho científico. El caso del SIDA*. Alemania: EAE.
 15. Martínez-Cortés, F. (marzo de 2006). La ilustración y el médico José Ignacio Bartolache. *Boletín Mexicano de Historia y Filosofía de la Medicina*, 9(1), 9-15.
 16. Mendieta Zerón, H. (julio-octubre de 2005). José Ignacio Bartolache. Semblanza. *Ciencia ergo-sum, Revista Científica Multidisciplinaria de Prospectiva*, 12(2), 213-218. Recuperado el 03 de octubre de 2020, de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=104/10412216>
 17. Mercant Ramírez, J. (2009). *Historia de la farmacoterapia: siglos XVIII y XIX. La farmacia monástica de la Real Cartuja de Valldemossa*. Escuela-Fundación Puigvert. Obtenido de Historia de la farmacoterapia: siglos XVIII y XIX: <https://ddd.uab.cat/pub/tesis/2008/tdx-0212109-102941/jmr04de12.pdf>
 18. Molina del Villar, A. (2008). *Contra una pandemia del Nuevo Mundo: las viruelas de las décadas de 1790 en México y las campañas de vacunación de Balmis y Salvany de 1803-1804 en los dominios coloniales*. Conferencia, CIESAS, Córdoba, Argentina.
 19. Moll, A. (Diciembre de 1934). Los orígenes de la desinfección. En particular en

- los buques. *Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana*, 14(4), 1111-1121. Obtenido de <https://iris.paho.org/bitstream/handle/10665.2/18357/v13n12p1111.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
20. Moreno Valle, R. (1965). Editorial. La viruela en México. *Salud pública de México*, 7(2), 149-154. Obtenido de <https://saludpublica.mx/index.php/spm/article/view/2670/2557>
 21. Moreno, R. (1986). *Ensayos de Historia de la Ciencia y la Tecnología en México. Primera parte* (Primera ed.). México, México: UNAM.
 22. Moreno, R. (1994). José Ignacio Bartolache 1739-1790. En R. Moreno, *Antología. Ciencia y conciencia en el siglo XVIII mexicano* (págs. 231-303). México: UNAM.
 23. Moreno-Martínez, F., Gómez García, C., & Hernández-Susarte, A. (2016). Evolución histórica de la higiene corporal: desde la edad antigua a las sociedades modernas actuales. *Cultura de los cuidados*(46), 115-128. Obtenido de https://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/61778/1/CultCuid_46_11.pdf
 24. Osuna Fernández-Largo, A. (s.f.). *Diccionario Biográfico electrónico de la Real Academia de la Historia*. Obtenido de Diccionario Biográfico electrónico de la Real Academia de la Historia: <http://dbe.rah.es/biografias/10448/melchor-cano>
 25. Pérez Ransanz, A. (1999). *Kuhn y el cambio científico* (Primera ed.). México: FCE.
 26. Pérez Tamayo, R. (1998). *Enfermedades viejas y enfermedades nuevas* (tercera ed.). México, México: Siglo XXI editores.
 27. RAE. (1726-1739). *Nuevo diccionario histórico del español. Diccionario de autoridades*. Recuperado el 09 de Octubre de 2020, de Nuevo diccionario histórico del español. Diccionario de autoridades: <https://webfirl.rae.es/DA.html>
 28. Rodríguez Guzmán, N. A., & Barradas Briblesca, I. (2010). *José Ignacio Bartolache, matemático de la Nueva España* (Primera ed.). Querétaro, Querétaro, México: Universidad Autónoma de Querétaro. Obtenido de <https://issuu.com/editorialuniversitariauaq/docs/libro-issuu>
 29. Rodríguez, M. (septiembre-diciembre de 1992). El paso de la teoría humoral de la enfermedad al nacimiento de la clínica moderna en México. *Quipu*, 9(3), 297-306. Obtenido de www.revistaquipu.com
 30. Rojas, R. (2001). *Espacio Público de la independencia*. México: CIDE.
 31. Saldaña, J. (1996). Ciencia y felicidad pública en la Ilustración americana. En J. Saldaña, *Historia Social de las Ciencias en América Latina* (Primera ed., págs. 151-207). México: UNAM.
 32. Trabulsee, E. (1994). *Historia de la ciencia en México. Versión abreviada* (Primera ed.). México, México: FCE.
 33. USAL. (2006). *Dioscórides Interactivo*. Recuperado el 2020 de Octubre de 09, de Dioscórides Interactivo: <http://dioscorides.usal.es/index.php>